



>* porque el abuelo había alzado tanto la voz que la exclamación había llegado a los oídos de todos y podía repetírsela cualquiera; de modo que, de uno en uno:

-¡Olivia!

-¡Olivia!

-¡Olivia!

De boca en boca.

De boca en boca, sí... ¡Pero no era Olivia!

No lo era quien — como muy bien y desoyendo dicterios de lenguas afiladas señalase Rosarito en efecto y en su día¹ —, no sólo estaba cargando con el insigne honor de

¹ Que ella gustaba recordar así: mi día, aunque todo el mundo estaba al cabo de la calle del hecho — puntual, como puede comprenderse, puesto que no era un gesto cotidiano el ir regalando por ahí días, y ni aun minutos, a nadie porque, en primer lugar, siendo tantos difícilmente podíamos tocar a más de uno y, en segundo, porque se veía con muy malos ojos eso de adelantarse a los acontecimientos desprendiéndose por propia voluntad de algo que, al fin y al cabo y sin esfuerzo alguno, se terminaría de todos modos perdiendo — de que había sido doña Magdalena quién, cierta noche, requerida lejos con urgencia por al parecer enfermedad repentina de una señora que tenía que expirar al amanecer sin falta, se lo había entregado antes de partir, a escondidas y envuelto en su pañuelo de batista bordado, junto con sus pendientes y la explicación, que ésta vez sí que dio, de que *allá donde voy, hija, tienen de todo y nuevo* de manera que “ellos” la aprovisionarían de cuanto hubiese menester sin tener ella que ocuparse de nada.

Rosarito entonces había querido llorar, enternecida porque, sí, se murmuraban muchas cosas de ella y, algunas, poco decían en favor de lo que en término no poco anticuado Basilia denominaba “su honra” pero, a la hora de la verdad, Rosarito era tan exigente para consigo misma que llegaba a imponerse metas tan ambiciosas a alcanzar tan a tan corto plazo que *no tan aprisa* la frenaban *porque las lágrimas, lo mismo que las carcajadas, resultan ridículas si no se tiene un perfecto dominio sobre la técnica*; y, eso, llevaba su tiempo...

—Pues — se apresuraba a argumentar vehemente ella — con este día, tan... bueno, aun no he tenido tiempo de mirarlo, pero los días de doña Magdalena debían de ser larguísimos, tan sola...

— ¡Que no!

Y que, además, punto en boca.

Sacaba entonces Rosarito los pendientes del envoltorio y se los ponía y, como no llevaba el trapo de cocina consigo — *porque quién iba a contar con*, preguntaría radiante de júbilo Honorina a Gilberta, *una acogida tan calurosa y*, lo que era más, *tan inesperada* — lo suplía,

llevar la voz cantante en el ingente proyecto auspiciado por la osadía de Felipe el tercero y secundado por los primos y, por lo tanto, con el peso de todas las miradas sobre sus espaldas porque *no tenéis el valor, ¡ninguno!*, de mirarla de frente sino, y por añadidura y para poner las cosas peor aun de lo que ya estaban, con la responsabilidad de encarnar nada menos que a...

Y el abuelo, ahora sí — porque unas cosas eran que renunciase ocasionalmente y por causas de fuerzas mayores a tomar sus medicinas y a manejar las riendas de su intervención, que le arrebatában desde el principio mismo con la excusa ora puesta por ésta ora por aquella de *no se preocupe, ya lo hacemos nosotras, si conocemos el asunto como la palma de nuestra mano* y otra, totalmente diferente, que se dejara usurpar sin resistirse el nombre de su criatura tan preciada —, dejó caer como un mazazo un «vamos a llamarla Orfelina» tan en apariencia mortecino y desgano que temimos, todos, no ya que fuera a pretender zafarse del *disparadero de la glosa* en que con los mediocres oficios de Vilja y los bastante buenos de Ifigenia se le había logrado colocar — porque con este tipo de intentos de evasión ya contábamos cuando se trataba del abuelo — sino que a Felipe, aquella tarde precisamente en que tanta falta nos hacía, le hubiese tocado perder por aquello de que los males nunca vienen solos la partida que regularmente jugaban él y otros en lo que se llamaba *El Casino* y regresara, ahora, tan cabreadísimo (porque tenía muy mal perder) como para negarse abiertamente a complacer a una Georgina² histérica que había acudido a él en última instancia y como quien se agarra a un clavo ardiendo suplicándole que se pusiera en el lugar “hazte cargo por favor” de don Ildefonso, que había perdido su equipo.

Y como con Ildefonso sí que no podía contarse en tardes tan negrísimas porque se encerraba con pestillo y

con naturalidad encantadora, con el fular de seda de la tía Melinda o con el frasquito de esmalte para las uñas de Barbara.

Y aunque la tía Sonsoles protestaba *no, si ya verás como me terminan perdiendo la funda de las gafas* Gilberta, aun en su rudeza, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para que con la emoción no se le humedecieran los ojos.

² Alguien con visión de futuro había dicho «esta chica hará carrera», y que si no al tiempo.

permanecía sin comer ni beber, apartado del mundo, desentendido del peregrinar de suplicantes que iban desfilando por delante de su puerta encareciéndole uno por uno, con lágrimas en los ojos, que lo hiciera aunque nada más fuese *por Aniceto, Ildefonso, que sois como hermanos* y Felipe tenía sus cosas y sus prontos pero mala persona no era, terminó por acceder a ponerse en el lugar en que estuviese haciendo falta y que era, aquella tarde en concreto y por desventura, delante del bodegón y para complacer, y se callase de una vez, a la prima Juliana que era muy delicada y con según qué cosas sabía ponerse pesadísima. Y debía de ser que el bodegón era una de esas cosas porque estuvo todo el rato protestando que lo quitasen de allí, por favor, *ese bodegón* — se quejaba, rebulléndose soliviantada en su asiento nerviosita perdida —, de delante de su vista, que la ponía destemplada y con un cuerpo malísimo.

Nadie reparaba gran cosa en tales desajustes o, si se daban cuenta, podía admitir, los dejaban pasar por pura indolencia unos y otros alegando que eran detalles insignificantes sin más valor que el puramente ornamental y que en nada se desvirtuaba por ello la esencia última de...*en fin, creo que ya se lo he mencionado* — a su peluquero o, si el tiempo estaba lluvioso y era una lástima tirar para nada el dinero, a su psicólogo —: el odioso Proyecto.

—Oh, sí — el que estuviera desempeñando el papel siempre tan delicado de confidente —: un tal Felipe... ¿segundo?

“*Tercero*”, pensó después que debería haber rectificado³, pero...

³ Pero no rectificó, sin embargo. Ni avanzó en el tiempo ni retrocedió hasta el lugar en el que sin saber cómo ni por qué*<* se encontraba, sola como siempre y cercada por la sensación de inutilidad que acompaña invariablemente a la realización de todos sus actos.

Tenía — eso *sí lo sé recordar* (dice) aunque todo lo demás puede que no lo haya ni pensado recogiendo, con gesto distraído, un mechón gris que se le escapa todo el rato del moño — la mente enteramente despejada y los sentidos bien despiertos; los cinco sentidos espabilados percibiendo los olores, y los colores, y los sabores y los tactos y los gustos...no, uno sólo: el gusto.

El gusto enfermizo, un poco insatisfecho sí puede que porque tan grande y voraz y monstruoso fuese imposible saciarlo por muchos buenos bocados de desatino o de error que una le echara, que

Y que el segundo — hubiera tal vez debido aclarar — era muy, muy diferente y un verdadero cenizo sin ni una pizquita de sentido del humor, y suspicaz hasta extremos que imaginaba siempre, como sucedió aquella vez con el camión de los cartones viejos y el gato del registro, que los insultos —

“experimentaste, ya desde bien pequeña — decía la tata Gloria (dice) — por el sufrimiento y el fracaso” aunque, a la hora de la verdad... quiere decir a aquella hora exacta en que ni avanzó ni retrocedió de no importa qué lugar o a cualquier tiempo, pasado o por venir, se retorció, ella, la tata, como una anguila y rechinaba los dientes, desencajados los ojos, gritando y gimiendo “¡Yo eso nunca lo he dicho!”.

Y que por qué, quería saber cuando tras la pataleta empezaba a calmarse. Que por qué no había tenido ella nunca que decir eso, una cosa tan fácil, y le tocaban sin embargo palabras como estreptomocina, introspección, indisolubilidad o, la peor de todas, *metracrilato*.

— Oh, pero la explicación es muy sencilla — se apresuraba afable doña Magdalena deseosa de, si no la podía tranquilizar porque el ir prodigando por ahí y a troche y moche la bondad que embargaba su espíritu le estaba vedado, enjugarle por lo menos las lágrimas con su pañuelito recién planchado, de batista, que con las prisas no encontraba.

En cierta ocasión casi llegó a dársela, a hurtadillas... la explicación, claro, y a punto estuvo de acarrear un disgusto muy serio a sus ascendientes y descendientes e incluso — dijo Mariló la de las horquillas — a un buhonero de los desaparecidos hacía décadas de la faz de la tierra que pasaba por allí.

Pero se lo echaron para atrás, al buhonero y a su carromato. La señorita Celsa; con su carromato cargado de sedas riquísimas y especias exóticas y cofres y ánforas llenos de monedas y piedras preciosos...

— ¡¡¡Basta!!!

Pero es que la señorita Celsa perdía la paciencia en seguida; y dijo, además, después de tomar un sorbito de agua que “encendidita me ponéis”, que se lo había inventado y que no se lo podía admitir y, la madre, una señora con mucho temperamento, dijo que pues «ese vejistorio acartona con cara, además, de acelga» la iba a oír.

Y que Sésfir — encrespada a su manera(*) tan vehemente que la hacía lanzarse a acusar, sin mayor fundamento, de esto o de lo otro a personas que conocía nada más de oídas — se inventó al rey Lear y «¿qué pasó?» — mirando retadora la madre al claustro de profesores, allí, en todo el centro del proscenio.

Y que pues absolutamente nada y ahí estaba, don Güiliam con todos los honores; que a ver por qué, entonces, que alguien se lo explicara, su niña no...

“descalificaciones”, en el decir de los hipócritas — iban dirigidos a él.

Pero el peluquero ya le estaba, con aquella manera tan sutil de darle a entender que la sesión se había acabado, ofreciendo el espejo con una mano y quitándole el peinador con la otra...

Así que se calló.

^/* formas — dijo Gema, con voz temblorosa al principio pero resuelta a terminar con lo que estaba ante el hecho que se le empezaba a antojar inminente de que la señorita en cualquier momento se le encarase y *¡basta ya de encogimientos de hombros y evasivas; quiero imaginación y un mínimo de arrojo!* — de afrontar el cada día con sus alegrías y sus sinsabores

y aunque Albertina habría dicho que Pascual había dicho, seguro, «de cualquier forma a Pascual hay que sacarlo», tan tarde como era y tanto sueño como todos “teníamos” aquella era una de tantas tardes en que mamá o no era la de siempre o estaba rara — Fuensanta lo decía “ésta no sé qué tiene hoy, pero algo le pasa”—, yo no quise, quizá por cobardía, comprometerme hasta ese punto por miedo, por pura cobardía de que me pusieran de cara a la pared

pero que ella «yo, Gema» tenía una idea en la cabeza que podría ser tal vez mejor... {>}

(*) muy distinta, desde luego, de los modos en que se ponían fuera de sí Felipe el segundo o la misma Susanita cuando el abuelo se embalaba cantando — entiéndase en sentido metafórico y sin acompañamiento de tubas ni clarinetes ni dulzainas pero sí con aquella brillantez tan árida y tan suya — los defectos que adornaban a... él acostumbraba decir *vamos a llamarla Orfelina* desatando, sin habérselo propuesto, las iras respectivas de la carnicera y de Ovidio.

La ira del primo Ovidio — porque la de la carnicera se desataba antes, pero tan sin razón o con tan poca, que Fuensanta recomendaba esperar un ratito por ver si se calmaba y podíamos, la que le tocase, abordarla con una cierta serenidad y un mínimo de histeria — se desataba porque veía tanta viveza, tanto entusiasmo y tanto fuego en las pupilas cansadas del abuelo hablando de su *vamos a llamarla Orfelina* que él, Ovidio, grande y fortachón como un armario de tres cuerpos, se quejaba, farfullando con la boca llena como era tan tragón, de por qué un viejo decrepito y

artrítico había de resultar tan brillante mientras él, con *muchísima mayor presencia* (decía, sin que se le pudiese negar la evidencia porque Felipe, a secas o “el primero”, *es que este, no como mi Maria Engracia* decía la madre *que se me crió siempre muy bien, ha salido así, delgadillo, a la familia de su padre menos en la estatura*, que sí, era muy alto, la verdad *porque en eso ha salido a los míos*), pasaba prácticamente desapercibido describiendo los encantos de una tal Victoria, muy guapa, por lo visto, aunque Elvira le decía *bueno, pero no te preocupes que a lo mejor no es culpa tuya* y Rosarito, ya por apoyarla ya porque el primo Ovidio gordo y necio pero guapo de cara la tuviese bastante encandilada, se ponía a animarlo también *¡pues claro, tonto!* y que las mujeres tan guapas suelen ser, en el fondo, muy grises aunque él no se conformaba así como así, tan fácilmente y seguía rezongando *no es eso, no es eso, lo que pasa es que a mí alguien me tiene manía* hasta que Genoveva, que con tantas obligaciones tan diversas a las que atender y teniendo que llevar en perfecto orden la cuenta de todo, volvía de dirimir alguna cuestión logística, con la lengua fuera la pobre, y se ponía a tejer para, sirviéndose del movimiento de las agujas, dar un codazo con disimulo en el brazo del abuelo que, incapaz de recordar su propio nombre, retomaba con prodigiosa facilidad el hilo de sus pensamientos colocándose, sin ningún problema, en que jamás hubiese debido hacerse cargo de parte tan delicada de una empresa que, a la larga, terminaría por implicar – *y en ocasiones hasta por involucrar*, elevando su índice el abuelo y manteniéndolo en alto mientras nos miraba de hito en hito y uno por uno – a muchos que, quién podría saber si incluso en su mayor parte, no estaban siendo inocentes...o casi y, ya puesto en vereda, que de cualquier modo y tal cual *queda dicho* era la mencionada Orfelina (*pues que así vamos a llamarla*) quien tenía, allá ella y que se las apañase como Dios o su muy cuestionable criterio – *el de ella, no el de Dios* ¡que Dios le librase!, quiso puntualizar, como era tan piadoso que quién ni aun la mismísima Vanesa (la misma Vanesa a la que por el momento *vamos a relegar*, sugirió doña Loreto, *al olvido*, no se supo al pronto si por ganar tiempo o porque la alarmase los buenos ojos con que, se había dado cuenta en varias ocasiones, la miraba Felipe) se habría atrevido a poner en tela de juicio – le dieran a entender, que abrir la marcha sin más pertrechos ni equipaje que sus exiguas explicaderas

y, en las manos y porque no las llevase vacías ya que pretextó que se iba a sentir desamparada, uno o varios objetos cualesquiera que le resultaran habituales o cotidianos *porque esas jovencitas con tanto arrojo* — mujer obsesiva y madre posesiva doña Loreto — *son muy lagartas* por los que ya podía, a su libre elección, ir decantándose.

Se decantó tras alguna vacilación (el abuelo era como el tranvía, Ifigenia decía “él derechito por su rail y *to pa lante*”) por los *habituales* que él pronunció como quien nombra algo requetesabido de forma que, nos dimos cuenta en seguida, aunque como decía Gema *no os pongáis huecos como pavos reales que para eso no hay que ser ningún lince*, de que se trataba de una bolsa de lona, azul, con cremallera en la que la del quinto B, que era su musa, llevaba...

— ¿Por qué era su musa? — Distraída, sin levantar apenas la cabeza cualquiera de las señoritas.

— Porque reunía cumplidamente en lo que él suponía su persona de carne y hueso todas las características que se sentía obligado a detestar en cumplimiento fiel de su contrato en el que figuraba, en letra bien grande, la condición inexcusable de que había de ser un viejo malhumorado de esos que odian a todo el mundo, aunque a veces, y bajo el pretexto de su avanzada edad y de su cabeza tan perdida, hacía como que se le olvidaba.

¿No era una gloria?

Criaturas tan espabiladas como aquella Georgina eran las que devolvían, sin trastabillar ni atascarse, de corrido, la fe en la humanidad a la señorita de turno.

No se deshacía en elogios, sin embargo, que luego se acostumbraban y... Así que, conteniendo la emoción:

— ¿Quién sigue?

— ...llevaba...

En este punto las señoritas, Berta o Ernestina u Oriana, no podían seguir mostrándose inmersas en corregir dictados o atareadas en seguir poniendo ceros, tan tranquilas, a troche y moche, y exigían, de forma imperativa y apremiante, una explicación admisible de cómo el abuelo, tan corto de vista, podía desde tan lejos y levantando nada más el pico de la cortina ver qué llevaba.

— Bueno — la Prieto —: él lo sabía porque como le gustaba verla la vigilaba levantando un pico de la cort...

– ¡Ahí iba yo! — la señorita, no hará falta repetir *Berta o Ernestina u Oriana* —: Que no es posible... ¿Estamos? Pero que, como se limitaban a repetir como loros lo que les soplaba la de atrás sin ni fijarse, pasaba lo que pasaba.

–Que llevaba algo, claro, sabía; él no podía ver lo que llevaba.

– ¡Eso, mira tú, ya es otra cosa!... ¿Qué pasa con la siguiente?

–Comida — Cora.

– ¿Podrías ser un poquito más explícita?

–Todas las noches; a eso de las once u once y media.

– ¿Y?

– Lo sabíamos porque una noche mandamos a Carlitos, el nieto pequeño de doña Regina que había sido soprano, muy célebre, del tercero C, seguirla con sigilo y que nos lo contara.

– ¡Para que veáis cómo, cuando se os aprietan un poquito las clavijas, os encarriláis tan estupendamente! Pero sigue.

–Para los gatos...paté, preferentemente que es lo que más les gustaba, al parecer, según nos dijo, aunque también les dejaba un poco de pienso “*por si alguno llega con retraso*”... que había murmurado, dijo.

– ¿Quién?

–Carlitos — y, sin aguardar esta vez a que la impaciencia de la señorita se vuelva a poner de manifiesto, de un tirón —: aunque y pese a la distinción de que estaba siendo objeto por el hecho a todas luces insólito de que se la invitase a “¿*qué prefieres, chocolate con bizcochos o té con pastas?*” elegir, todavía acertó “¿*invitarla?*” a emitir cierta débil objeción protestando “¿*a ella?*”, con el corazón encogido y la garganta seca, que no, que no quería ir, *mamá*, que era mentira y que, además, no iba a saber desenvolverse...

{>} —Una idea que quizás pudiese resultar porque — dijo —, aparte de la teoría de los conjuntos de Gertrudis⁴, de

⁴ que había empezado a tomar cuerpo como posibilidad muy en embrión, a largo plazo, de forma un tanto casual un día de invierno en que se habían reunido felizmente... «o no tan felizmente si vamos a ser sinceros» — y la tía Angelines sonrió con un encogimiento de hombros como diciendo «pero qué se va a hacer» — aunque sí satisfechos todos

de la buena gestión que cada cual, por cierto, dijo, se atribuía — y mamá barrió con una mirada circular el salón levantando un poquito las cejas, movió levemente la cabeza a ambos lados y, tras exhalar un breve suspiro, musito «eso pasa con frecuencia» y que qué iba nadie a contarle a ella —, llevada a cabo para conseguir, a base de un verdadero derroche de diplomacia y mano izquierda, que unos y otros se aviniesen a soslayar sus respectivas dificultades anulando o posponiendo compromisos y citas consignados en las respectivas agendas.

Era un ritual, contó, que se celebraba desde muy antiguo y todos los asistentes se mostraban de acuerdo en que estaba bien «es agradable después de todo — repetía la tía Esmeralda sistemáticamente, sin omitir jamás su sonrisita bobalicona ni modificar una sola palabra de una vez para otra — esto de verse, aunque sea de tarde en tarde, y comentar, cambiar impresiones y, si sobra tiempo, charlar un poquito de esto y de lo otro»; era muy grato, sí, estar juntos, corroborándolo cada cual con sus propios tópicos acuñados desde tiempo inmemorial.

Sobró tiempo, dijo, sin embargo; sobró tiempo y todo el mundo lo achacó a que al faltar don Isidoro — fallecido meses atrás en circunstancias que dijo doña Regla no iban al caso encareciendo, eso sí, cuánto había que celebrar lo muy poquito que había sufrido porque no le dio tiempo a enterarse de nada y añadiendo, tras suspirar muy profundamente y llevarse a los ojos un pañuelo de papel arrugado «¿quién tuviera una muerte tan dulce?», y que Dios lo tuviese en su gloria tan hablador y tan dicharachero y tan simpático — las frases que no pudo decir diseminaron, por aquí y por allá, un sinfín de retazos de silencios que, agrupados, arrojaron un saldo de vacío tan molesto para todos que, «como había que rellenarlo — recordó la tía Angelines — fuera como fuera», acabó por conducir a que, alguien, terminara sacando a colación a Herminia..

— ¡Oh, de Herminia no me hable! —que había rechazado de plano, dijo, un tal Florencio Cardoso que explicó —: tenía la abominable costumbre de evocar...si es que venía al caso, aunque aun no viniendo también la evocaba, tal era la incomprensible admiración que al parecer sentía por ella, a una tal Gertrudis que, se decía, relató una vez no sé qué historia... ¡nada interesante, estoy seguro!, cuyo mayor atractivo, ¡imagínense!, era que empezaba por los pies.

—Pero, si eran unos pies bonitos...

—No bromea. El asunto es del todo ridículo —Cardoso, con mucha sequedad —; más cuando lo que estoy pretendiendo poner de relieve es, precisamente, lo muy deseable que en todos los órdenes de la vida es la coherencia.

—Ah, pues no sé — otro, a quien la tía recordaba «de manera un tanto difusa en lo que se refiere a su fisonomía, no vulgar pero sí corriente; sí os puedo asegurar sin embargo que se trataba de un hombre afable aunque menos ingenioso, no tan dado a la broma como el que hiciera el juego de palabras», sacando ella, sin darse cuenta, con las suyas, a la tía Cándida de una especie de sopor para considerar,

como para sí con voz gangosa aún somnolienta si no estaría «mejor dicho, digo yo, “no tan dado al juego de palabras como el que hiciera la broma”»; aunque la otra, oyérala o no la oyese, siguió con lo suyo y —: pero, por las noticias que yo tengo, era la tal Gertrudis una mujer sensata.

— ¿Sensata? — «un tercero», así de escuetamente y sin precisarnos si hombre si mujer joven o viejo ni aportar la tía peculiaridad alguna, que dijo no disponer de más elemento de juicio que lo que indirectamente le había llegado de ella pero —: Parece que alimentaba en su cerebro... ¡enfermo!, me atrevería a asegurarles, no sé qué proyecto estrafalario de mostrar al mundo cierta suerte...malhadada, por cierto, y que me perdone Florencio — que al ir sin “don” nos hizo pensar, o a mí por lo menos me lo hizo, que, por afinidad en sus ideas, quizás, un poco de amistad tenían... aunque también pudo ser que ella, más atenta al fondo que a la forma, lo omitiese — por esta vez el juego de palabras, de teoría absolutamente grotesca consistente en...

—No tan deprisa, amigo mío — interrumpió un joven «eso sí, con muy buenas maneras; un joven, os añadiría si el tiempo no apremiase, que, sin poder decir con propiedad que fuese un hombre guapo, exhalaba un ‘qué sé yo’, un cierto encanto que me recordó una de esas películas...de Visconti, por ejemplo, que gustan tanto a la tía Almudena» que, esbozando una amable sonrisa, apuntó —: pues habrá más de uno y de dos entre los presentes que estimen, con muy buen criterio... me permito opinar, que calificar de grotesca una teoría es... ¿cómo diría yo?...

— ¿“Precipitado”, por ejemplo? — una señora a quien la tía Angelines, y pese a lo que se dice por ahí de que las mujeres bellas se odian unas a otras, calificó de “francamente guapa” levantando, eso sí, las protestas de Florita... no porque ella fuese fea, entendámonos, sino porque, como la misma tía Angelines mencionara, íbamos mal de tiempo.

— ¡“Por ejemplo”!

— ¿“Precipitado”? ¿de veras? —el señor que, tuve a bien dar por hecho, nombró a Florencio omitiendo el “don” porque la tía, que empezó muy bien adjudicando a cada cual su frase, se había ido poco a poco desviando del camino y tiraba más ahora hacía lo que se decía que a los “quiénes” o a adjudicar, como diría la tía Cándida si continuase en su sopor y no dormida aquí definitivamente, a “cada frase su cada cual”... o no, porque suena un poco raro, la verdad —; ¿es esa la verdad de lo que piensan?

— ¡Desde luego que sí! — «exclamó la guapa», hablando tan alto inmersa en su papel la tía Angelines que, aunque la tía Cándida siguió en el séptimo cielo como era tan sorda, el perro sí se despertó y, sobresaltado, ladró — yo por lo menos —, que dijo que lo dijo bajando la voz y debía de ser así porque también ella la bajó—; porque, vamos a ver: ¿se puede calificar de grotesca, ni de “nada definitivo” una teoría cuando la esencia misma de la teoría es su basarse en suposiciones?

— ¡Pero “suposiciones”, lógicas! — el otro y, la tía Angelines, imbuida tanto por este papel suyo de “hombre no descrito”, por llamarlo de alguna manera, como por el anterior de mujer guapa, con voz campanuda —: « ¡”lógicas”, no lo olvide mi querida señora!» y que o porque de lo contrario, resumió viendo que la tía Florita estaba en ascuas, estaríamos jugando con trampa o cayendo en sofismas.

— ¿“Sofismas”? — «quiso preguntar la tía Esmeralda, que tras las frases estereotipadas de rigor no había vuelto a abrir el pico» y Adalberto, que tampoco había abierto hasta entonces el suyo, también quiso preguntarlo... y de hecho lo preguntaron, los dos, por lo visto, porque, uno y otra, fueron ignorados aquella «porque era algo muy similar a una farola» dijo la tía Angelines y, éste, porque aunque Elisenda hizo intención de ir a explicárselo desistió a la vista de cómo con cara de pocos amigos se daba golpes reiterados en el reloj la tía Florita.

La guapa contestó — «resumiendo», que hasta la tía Angelines, y eso que tenía “cuajo” como solía decir Crescencia, empezaba a agobiarse — que ella no quería caer en nada y menos en algo que no tenía la menor noción de qué era, pero que...

— ¡Pues entonces! — el “hombre no descrito” y, la tía —: que qué hacía ella , enfrentándosele muy encrespado a la guapa “¡mi querida señora defendiendo!” una teoría no sólo grotesca, que eso lo mantendría, sino, era más, absolutamente ridícula consistente en...

—“Consistente en” —un caballero alto, de edad avanzada, con voz enérgica sí pero entonación suave que, tras repetir las últimas palabras del otro lo miró con los ojos entornados, fijamente, como si lo escrutara, pero no a los ojos sino al centro del pecho y agregó tan sólo — ¿en qué?

—Pues...

—No se aventure, que mal podría degradar... o enaltecer, si fuera el caso, la viabilidad o inviabilidad de un proyecto, a su juicio muy digno de respeto extravagante, de mostrar al mundo la bendición, “bendición”, sí, por más que a usted y a tantos otros les pueda parecer extraño, de una teoría consistente en...

— ¡Federico, por favor — una señora — no lo intentes!

—Tienes razón — él, reconsiderando, pensativo, moviendo afirmativamente la cabeza y la mirada triste. Y, tras un suspiro —: sólo era una teoría, una teoría hermosa que, sin embargo, jamás pudo nadie demostrar y, la fe, todo el mundo lo sabe, nunca ha movido montañas.

—Es que — la señora — es terriblemente terco. Tendría que haber aprendido que siempre que se obstina en llevar adelante el planteamiento de en qué consistía la esencia de la obsesión que embargó el pensamiento de Gertrudis hasta el extremo de centrar toda su voluntad en un único fin, descabellado...hay que admitirlo, por mucho que a él le duela, se termina liando de tal modo con qué decía Herminia, la única criatura en este mundo que la conoció en profundidad, sí, pero no dotada de unas precisamente brillantes y permítaseme la expresión tan llana “explicaderas” se lía,

espantosamente, y, sin conseguir poner lo que se dice nada en claro se termina por poner, él sí, en evidencia.

—Pues sí que es contrariedad — el señor que dijera un rato antes que por las noticias que él tenía era Gertrudis una mujer sensata — que después de ponernos la miel en los labios no nos lo cuenten.

—Yo — una señora que no había parado de, comiendo pastitas, cuchichear con su vecina —, y fíjense que no soy nada curiosa, estoy un poquito intrigada.

Y, como otros cuantos insistieran por tratar de sonsacarlo pero la señora se mantuviese en su, dijo la tía, nada suplicante a decir verdad “¡Federico, por favor!” consideró ella que, bueno, mal que bien «yo sé», sabía qué decía Herminia y, cansada de una tarde tan tediosa y sin nadie, por otra parte, «que me echara el alto “¡Angelines, por favor!”», ¿qué arriesgaba ella —se preguntó, tan poquísimo sentido del ridículo que tuvo siempre y ese marido suyo que nunca la acompañó a ninguna parte aunque nada más fuera para velar por ella poniéndole un poquito de freno — por contarles que Herminia sostendría hasta el día de su muerte que Gertrudis, influenciada por la peculiar concepción del mundo de que don Anselmo la imbuyera consistente en que existe cierto paralelismo entre la vida y la *teoría de los conjuntos* «“conjuntos” y “disjuntos”, a su vez — precisó —, dependiendo de...algo en lo que se negaba a entrar Gertrudis so pretexto de “esa es otra historia”», consideraba que, al referenciar cualquier acontecimiento del que se tuviese noticia, sería interesante relatarlo dando prioridad no a los hechos más relevantes o notorios que hubiesen conferido al tal evento la dignidad de merecer el ser contado sino a las pequeñas circunstancias accesorias que «a modo aderezos en una mujer, por poner un ejemplo, o de condimentos en una salsa, por poner otro» le aportaron toques de individualidad que al “conjuntarse o desjuntarse”, «entre sí si nos quedamos con el ejemplo de la mujer y su peinado o el color de su carmín o sus guantes o con el de la salsa, vinagreta, por poner por caso, sencilla o historiada» o entre ambos si considerábamos la mujer y la salsa ya para compararlas, metafóricamente, ya para establecer una correlación entre tal o cual estilo de mujer y su gusto por este o aquel tipo de ensalada, determinaron, al margen de la importancia real «¡tan subjetiva siempre!», decía Gertrudis» que el tal hecho tuviese, la forma en que éste configuró la memoria...o quizá el inconsciente de quienes, cuando estaban teniendo noticia de él «el hecho», centraron su atención o su interés en «lo que pudiera llamarse propiamente “el bulto”» decía, en tono despectivo, o, dulcificándose, «el detallito que determinará su trascendencia» más allá de los límites, tan limitados, precisaba, de la razón?.

Y era al llegar ahí exactamente y tirar ella, Angelines, el bolso con gesto de cansancio sobre el sofá aquí, en nuestro salón presidido por un paisaje otoñal que mamá había comprado en la sección de complementos para el hogar en unos grandes almacenes donde — cuando doña Licinia unas veces de pie al lado del ventanal y otras sentada, un poco de medio lado y con el codo sobre la tapa

cerrada... que la bajaba siempre que lo encontraba abierto decía mamá que porque le dolía no haber podido nunca aprender a tocarlo, del piano, después de haber permanecido con los ojos entornados marcando lentos círculos adelante siempre con el índice derecho en el aire, los abría y «muy bien, Albertina; ¡muy bien cerrada esa interrogación!» esbozando una sonrisa y dejando caer las manos ya sobre el alféizar ya sobre la partitura del concierto para... piano, sí, suspiraba, «número 2 de Rachmaninov, para ser exactos» — la tía Bárbara (^) debía cerrar el frasquito de esmalte para las uñas, ponerse de pie, dejarlo sobre el mármol del aparador que tenía a su espalda, rodear la mesa de centro y caminar hasta Leontina para, poniéndole una mano en el hombro, decir “muy bien, Licinia”; pero que recordase, al objeto de evitar malos entendidos, que el concierto era de Rasmaninov, sí; para piano, también; pero *¡a ver si puede ser que te fijas un poquito, caramba!*, el número tres.

“Caramba” que, si no venía a coincidir con la afortunada circunstancia de que la tía Melinda — que era la más exigente con lo que ella se obstinaba en denominar “rigor histórico” y Felipe el segundo llamaba llanamente “minucias que no aportan absolutamente nada a la idea central que nos ocupa” — estuviese discutiendo por lo bajo con el tío Aniceto, acarrearía demoras y algún disgusto porque objetaría, ella, que “ahí” jamás se había dicho semejante cosa sino... algo que deslizaba en el oído de su esposo seguido de la indicación de “anda, dilo”...(^) se quedaba invariablemente pensativa y, sin cortarse ni un pelo a pesar de que Valeria acabase de criticar el color de sus uñas que llevaba pintadas ese día de rosa perla y “¡qué esmalte tan chabacano!”, se rascaba despaciosamente una mejilla antes de, con cierta cautela, preguntar —: pero no lo contaste, ¿verdad?

—Sí lo conté —. Sacándose los guantes.

—¿De veras?

—Lo conté, sí; lo conté ¿Qué pasa?

Ponía entonces la tía Bárbara el grito en el cielo y decía que bendito fuese Dios.

— ¡Bendito sea Dios! — llevándose las manos a la cabeza — Gertrudis podía, ciertamente, estar más o menos mediatizada...era bastante influenciada y tal vez Herminia estuviese en lo cierto, por don Anselmo y sus teorías; pero, en atención a su memoria, permíteme puntualizar que lo que ella equiparaba con la de los conjuntos no era la vida sino la realidad.

—¿Y qué diferencia hay con lo que yo he dicho?

Y que si o es que había algo más real que la vida. A lo que Pascual, necio donde los haya, terciaba, acompañando sus palabras con una risita tonta, que la muerte.

—Mucha diferencia.

Y que a qué vida se estaba refiriendo, de qué vida *estábamos* hablando.

—Pero... ¿cómo, cómo, cómo que *de qué vida?*

Y que, por supuesto, de la única que tenemos.

–“De la única que tenemos”, ¿eh?

Y que la única para quién. Y que pues para quién iba a ser, y que pues para cualquiera y que maldita fuese ¡*Maldita sea, sólo se vive una vez!*

Y, Pascual, que con la muerte pasa exactamente lo mismo, y, mamá, que ya estaba — decía, quitándose las gafas como siempre cuando se enfadaba — hasta la coronilla, que ya estaba bien.

–Está bien, pero...

–Ay, pero pequeña, mi tesoro, si no te digo a ti — y se las volvía a poner como siempre cuando se calmaba —, no te enfurruñes.

Y que había que ver cómo *te pones por nada* y Pascual *pero que...*, pero, ella, que si no cerraba el pico y dejaba de enredar, *te vas a la cama ahora mismo...* ¡lo decía por mí!

– ¿Y Pascual qué?

– ¡Y sin postre! – que aun sabiendo que la amenazada era yo cualquiera hubiese podido imaginar que le estaba hablando a él, tan cariacontecido, abrazado a su Código Penal sempiterno.

– ¿Pero y Pascual?

– ¡Que os calléis los dos!

Y que si o es que o no veíamos que estaban hablando los mayor...pero *me callaré* me decía yo.

El tío Aniceto entonces decía alguna otra palabra algo más gruesa y que por qué, de parte de la tía, se toleraban licencias tales.

Era justo este, cuando apenas el tío Astolfo acababa de arrancar explicando que por cuestiones familiares que no estaban viniendo al caso la tía Bárbara se había criado — lejos, con su otra abuela, una señora rica y elegante que le había proporcionado una educación costosa — en un ambiente mucho más refinado que el que los demás gozásemos, uno de los tantos puntos en que mamá se ponía hecha el basilisco que solía⁴, donde, si quien estuviera llevando en ese preciso momento la voz cantante fuese — por señalar a alguien, y en atención a la abuela Benilde que se quejaba infinidad de veces de “si os andáis con tapujos y no decís quién dice qué yo me armo un lío” — el abogado del sexto, decidiera, éste, no aludir al episodio de la etapa de vida regalada que Bárbara viviera cuando niña con el fin, harto loable, de saltarse el rifirafe entre mamá y su medio hermano...no por nada sino, sólo, porque no pudiera parecer que tomaba partido (aunque nada más fuese por cualquier inflexión involuntaria de la voz que se le escapase) por el uno o por la otra cuando ninguno de los dos estaba siendo su cliente.

Si tal decidía el letrado enlazaba limpiamente con la originaria exclamación de Proserpina, fuese la que fuese, como si pelillos a la mar y entre mamá y el tío no hubiese habido ni una mala cara, y proseguía advirtiendo en el lenguaje críptico inherente a su profesión de que, como Argimiro el del segundo B vaticinara, no solería quedar otro remedio que dar la razón a Proserpina porque, o bien la tenía — y había sucedido en cifras contantes y sonantes que la viuda de Argimiro, que había sido contable, conservaba, dos veces de cada tres —

o, si no la tuviera y se hiciese notar la tal carencia — ya que Luzmila pese a ser encantadora o puede quizás incluso que por serlo contaba con detractores suficientes como para no perder de vista que alguno iba a incurrir, seguro, en delito de felonía — correríase el riesgo de que ella, la traicionada, tirase de la manta (posibilidad apuntada con bonísimo criterio por Ifigenia; acérrima creyente de que el más bueno puede ser si las circunstancias lo obligan el mejor de los malos) y, todos sin excepción incluyendo a Quiteria aunque ella protestaba “*no sé a qué viene ese infundio de que tengo la cabeza perdida*”, hubiésemos de aprestarnos a la ardua tarea de hacer otro tanto y aportar pelos y señales de las vidas y milagros de cada uno de los nuestros...Y, eso, no lo deseaba ni el más arrojado; dignidad que “*a la sazón*” (diría el tío Astolfo aunque a estas alturas sabrá ya todo el mundo que huelga aclararlo) era adorno de la prima Vanesa...

-¿Vanesa? — papá, en tono lastimero.

-Sí — mamá —; pero no te preocupes — porque por aquello de la complementariedad era optimista.

-¡Cielo Santo, Vanesa — iba a exclamar alborozada la abuela Benilde nada más oírla nombrar y, dejando de dirigir desde su mecedora el quinto de los Cuadros para una exposición (Baile de los polluelos en sus cascarones) de Mussorgsky, que alabado fuese Dios, lanzándose, contentísima, sobre la señora nueva, del primero, que no sabíamos aún cuál era su nombre y hablaba muy poco, para, plantándole un par de besos bien sonoros —: qué alegría tan grande!

Y que había que ver lo guapísima que estaba, “*ya pensaba que el Señor me llevaría sin haber vuelto a verte*”, y que cuánto había crecido desde la última vez.

-Pero no llegaba a exclamar nunca, la abuela — deslizaría en apenas un susurro Vilja en el oído izquierdo de doña Ana — ni a dejar de dirigir, ni a alabar a Dios, ni a lanzarse sobre la señora del primero ni a darle dos besos (que al ser nueva hubiesen encajado tan estupendamente como de bienvenida sin mayor problema) y no por un motivo de tan ínfima relevancia como pudiera serlo el que Ernestina fuese sorda; por más que se conservaran en el cajón derecho de la coqueta infinidad de estampas dando fe de lo piadosa que fue siempre sólo porque no la conociera sino porque siempre había alguien que, además de poner a los poyuelos y a su danza objeciones tan del todo peregrinas como que el único aparato de radio que había en la casa se lo llevó, aquella tarde precisamente, don Ildefonso a su cuarto para escuchar el fútbol, y argumentar que no teníamos una pinacoteca a menos de diez o doce kilómetros “y sin un coche de punto de que poder echar mano” — **“que”, se quejaba mamá** (decía; y Fuensanta la remedaba “*mamá, mamá, mamá*” con amargura y, sacando brillo a los candelabros de plata entre suspiros, *¡¡¡vivir para ver!!!*), **“es que os ahogáis en un vaso de agua, ¿no tenemos nuestro propio automóvil”** — , sacaba a relucir que semejantes muestras de afecto hubieran sido una tremenda hipocresía porque Ernestina y la del

la que reconozco no saber ni una palabra⁵ pero “grosso modo” me he for

-¿“Grosso modo”? – *Damián, jugueteando con un ovillo de lana verde porque Proserpina, harta de broncas, había dicho “ese corazón de Jesús, por favor, que alguien lo quite de en medio” –, ¿qué es “grosso modo”?*

Ursina iba entonces, tan culta, a contestar algo pero la señorita Ernestina⁶ se puso de pie “no es necesario” adujo, pararse a cada paso, dijo, “llevar las cosas a ese extremo” – aunque, porque la idea de Proserpina sí le pareció acertada, mando guardar el corazón⁷ – y, arrancando de las manos de Damián el ovillo de lana verde, a Lotario, que siguiese, por favor.

primero (y que hiciéramos “si queréis” memoria) nunca jamás se habían tragado.

Que a mamá, ya digo, todo esto le parecían tontunas (y, a Fuensanta, que si era imprescindible ponerse así por una Vilja de más o de menos y *pues haga usted como que no la ha oído y ya está*) si bien, y siempre so pretexto de “por perder de vista a las vecindonas”, a lo de *una mansión*, que se le llenaba la boca de un cierto orgullo casi infantil, *tan grande, qué queréis que os diga no le haría yo ascós...Porque, con el jardín y las estatuas y todo, ¿verdad?*

-¡Pues claro, tonta! – la abuela, Benilde no sino la otra, como tanto le gustaba prodigarse en adjudicaciones.

⁵ Casimiro Morales levantó en este punto el dedo que se levantaba siempre cuando se quería preguntar algo, pero don José o no lo vio o no le hizo caso.

⁶ Se cuenta que hubo *otros* – comentó, se dice, un poco así como que en un aparte – que, aquí mismo y respaldados posiblemente, supondrían, por la credibilidad que les proporcionaba el estar representando a una cantidad de partidarios no menos ingente que la de votantes que apoyaron a *estos*, dijeron “señorita Violeta”, sin que les temblara la voz ni sonrojarse.

⁷ para evitar que se rompiera y no tener – o sí, caso de que se hiciese añicos – que desplazarse a la ciudad a cualquier hora del día o de la noche al objeto de adquirir uno nuevo tan antiguo que la abuela no se percatara de la diferencia y en su cabeza tan perdida encontrase – o no, caso de no enterarse – las palabras exactas con las que los más lúcidos no habían logrado dar y mira que le dieron vueltas para dejar bien sentado... sin levantar sospechas, con tacto, los prudentes, o

jado esta tarde una noción remota, a mí me parece — ella opinaba, Casimiro no bajaba el dedo, que había otros matices que se podrían incorporar, tener en cuenta a la hora de plantear qué era, es, dijo, la vida...o *bueno, la realidad en realidad*. Rectificó.

Pero que «mañana con calma; que estaremos todos más despejados» nos comentaría y matizaríamos.

-¿Mañana? —el primo Remigio.

Y que precisamente, cuánto lo sentía, mañana en concreto debía acudir al bufete de su abogado a tratar un asunto — “no grave”⁸ — se apresuró a aclarar notando que

ampollas, sin empacho, ella que qué podía importarle en su demencia, ante los padres unos y ante el mismísimo sursum corda ella, que ciertos niños no son para mandarlos hala, así, con ese desahogo a *pasar los meses de verano con vosotros*.

-No exageremos, tampoco — saliendo Elvira, con su carácter apacible, en defensa de los primos —: todos hemos sido niños.

-Sí; pero unos más que otros.

-Y como estos, desde luego, ninguno.

-Incluso, diría yo — Sole —: alguno no ha sido nunca niño.

- ¿Seguro?

- ¡Y tanto!

-Pues... no sé.

-O *preguntarle*, si queréis.

-No, si sí; pero que no caigo.

-Pues, bueno: Carlitos.

Mandaron a buscarle y, cuando vino y le preguntaron, dijo que sí, que nunca; que había sido capitán de fragata, vendedor de enciclopedias, limpiabotas, nieto de doña Regina hasta que aquella soprano del tercero C murió y, ocasionalmente, peluquero de señoras; pero que niño jamás.

⁸ - ¿Y por qué no lo arrinconamos, si no es grave?

-No — la abuela —, si ya te digo yo que si empezamos a racanear...

Porque ciertas aclaraciones y puntualizaciones que Remigio incorporaba a todo cuanto decía no eran imprescindibles, pero Rosarito se agarraba unos berrinches espantosos si alguno de los partidarios de abordar las cuestiones yendo directamente al grano apuntaba, sólo apuntaba, la posibilidad de suprimirlas.

-¿Ves lo que has hecho? —ante el tono compungido de mamá y los golpecitos en la mano de su “cuñada”...

¡¡¡Cuñada!!! ¿No era el colmo?

Y que a ver quién se acordaba de detalles así al día siguiente.

Angelita, la tía, se mostraba de repente inquieta; pero sin renunciar a hacer la puntualización no del todo tranquilizadora de “si bien reviste, a qué negarlo, una cierta importancia”.

– ¡Pues sí que es una contrariedad! —mamá, en tono de verdad compungido si bien, sacudiendo la cabeza como quien trata de ahuyentar un pensamiento importuno “en fin; intentaremos arreglarnos”, dijo y, dando unos golpecitos animosa en la mano de su cuñada, que no se preocupase “alegra esa cara, que todo tiene solución. Ya verás” y, a él —: ahora sube a acostar...ah, pero que tonta estoy, si no hemos cenado.

Pero que, de todos modos, si tenía frío, en la balda superior del armario encontraría un edredón y, a Basilia, que se disponía a exponer ciertas razones por las que tampoco ella iba a poder estar presente, con una sequedad que ponía de manifiesto el abismo que separaba los sentimientos que la unían a esta de los que la vinculaban a su hermana, que, bueno, con saber que “nos veremos en dificultades ya es suficiente para irse organizando”, no era imprescindible que, a esas horas, nos pusiéramos de uno en uno “a revelar secretos de vuestra agenda” y que total, un desayuno ligerito

– ¡Pues Genoveva!

Claro; Genoveva; pero Genoveva se portaba a veces de forma no poco...« ¿“sectaria”, tal vez?»; *porque si las matizaciones — Vilja, por ejemplo, que era algo puntillosa — son importantes, ella no estaba dispuesta a consentir que unos hilasen menos fino que otros.*

– ¡Partidista!

Que se podía admitir o comprender aunque fuese a duras penas por lo menos porque, a lo que íbamos, Genoveva tenía sus preferencias, sus debilidades, y favorecía a aquellos con los que más simpatizaba.

Otros, como la madre de Rosarito o el mismo abogado de Remigio, defendían que la gravedad de los problemas convenía no ignorarla, aunque fuese muy poca, teniendo en cuenta que en función del carácter, la entereza o la personalidad de quién los estuviera sufriendo, su ánimo se estaría en mayor o menor medida viendo afectado y, eso, estaría siendo, incuestionablemente, determinante a la hora de relacionarnos los unos con los otros «¿o tú te puedes acostar con Clodoaldo, tan contenta, sabiendo que te engaña tu marido?»; que a ver si no eran ganas, por más que se estuviera tratando de un *poner por caso* inocente del todo, de sembrar discordias. “¡Pero así funcionamos!” se dolía muy cargada de aflicción Ifigenia, haciendo con su pañuelo con lentitud una pelota que luego se guardaba en la manga.

ya lo hacemos nosotros, pero los cacharros los encontraría en la pila, sin fregar que lo sepas que cada día se tomaba más libertades cuando vuelvas.

Y, aunque todo el mundo se calló, nos callamos, en vista de esto y de lo otro, lo cierto es, fue, que no pudo ser al día siguiente porque todos tuvimos o tuvieron que hacer cada cual nuestras cosas o las suyas atendiendo obligaciones y deberes o compromisos de esos que se contraen como los matrimonios o las gripes aunque en el caso de Albertina nada más fue un catarro de los de moquear y llorar de ojos pero con *unas decimillas* y un ponche calentito por la noche...y poco más y, en apenas una semana...o siete días

*—siete días, sí, es lo que siempre se ha dicho —
repuso la señorita Emérita cuando la llamó por teléfono mamá explicando que iba a faltar y “en fin, que se mejore”.*

Y mamá dijo “bah”

—no hay que preocuparse — pasándome su mano por el pelo —, ésta es de naturaleza fuerte

*me levanté, pálida y más delgada y ojerosa —
Georgina, una recién llegada muy impaciente por hacerse notar, quiso que echando fuego por los ojos; pero le dijeron «tú, primero lo básico; que a poner adornos ya aprenderás» —, corriendo de acá para allá gritando, enfebrecida increpando a todo el mundo y las orejas de Pascual dónde están pero sin escuchar ni atenerme a razones y sus manchas y su hocico tan... “vamos, cálmate, Toby es mucho más...” y marcharos a la mierda todos⁹, escaleras abajo, descalza y en camisón, que a la del cuarto dos casi la tiro en aquella especie de locura que... porque una semana puede decirse que no es nada en la misma cama y con la misma ventana enfrente día tras día y las mismas cortinas...aunque alguien con criterios de la decoración más funcionales dijo “en adelante serán tal vez estores” y, Genoveva, que no le viniesen con ese tipo de pijaditas¹⁰ ahora con la que tan tontamente se nos había*

⁹ Porque esta vez coló. Y es que Georgina estaba dispuesta, por lo visto, a como dijo Virtudes Romo «llegar a la cumbre pese a quien pese y cuanto antes».

¹⁰ Y la Estévez, que siempre se hacía unos líos rarísimos, a la Prieto por lo bajo que si la mierda o los estores...

venido encima «porque con este inconveniente añadido¹¹ yo no contaba», protestó.

—Aunque — la Estévez, ahora sí en voz alta y no *con derecho a* sino con *obligación de*, le recordaba la señorita siempre, «ilustrar tu intervención, Susanita, con toques de color o lo que estimes conveniente; que ya no eres una principiante, ¿entendido?» —, como rencorosa nunca lo fue...

—¡Pero eso, mi querida Susana — cuando la señorita Ernestina, *porque para nosotros será siempre Ernestina*, suprimía el diminutivo a sus educandas y ponía el “querida” tenían, *sin que nadie se me llame a engaño que os conozco*, echarse a temblar —, ya lo sabemos!

Así que, bastaba ya de marear la perdiz y que lo que le pasaba, a la Estévez, era que se había *perdido*, ¿eh?; y que eso era por andar de palique y no atender a su turno *que me vais a quitar la vida entre todas...!vamos, sigue!*

—Nunca lo, nunca lo, nunca lo... ¡fue! — muy contenta la Estévez y, como es tan inocentona, « ¿a que sí?» aunque esta vez la otra ya ni la miró — Pues, nada, bueno, que...eso, que *pero ¿tenían que, teníais que dejarlo tan peq?...oh, oh, oh, oh*, lo abrazó, en seguida, *¡me las pagaréis, panda cabrones!* Y besos en el hocico *no te preocupes* y que ella encontraría la forma de que *arreglemos esto*.

La señorita entonces torció el gesto, repasó sus anotaciones y preguntó « ¿seguro?» con más sarcasmo del que ninguna de las otras señoritas supo poner en una pregunta tan escueta jamás.

Ella respondió que creía que sí; pero que la mano en el fuego manteniendo que Genoveva no terminaría por ceder tampoco iba a ponerla.



—La señorita dijo entonces — fueron las últimas palabras de Evaristo del Cuervo — que si eso era ilustrar una intervención como es debido que viniera Dios y lo viese.

Don José, que mientras lo escuchaba había estado con las gafas en la mano, cerrándolas a veces y mirándolas otras al trasluz como cuando se quiere comprobar si están los

¹¹ que, como lo dijo levantando apenas la mirada pero echando la hebra con brusquedad, la madre se sintió en la obligación de explicar, un poco picada, “es que ella quiere, como *todasss*, traer su propio perro”.

cristales empañados, se las puso por fin, sin decir nada; pero se las volvió a quitar, y sacó su pañuelo del bolsillo, y limpiándolas con mucha parsimonia:

–Y a usted, Morales, ¿qué le pasa?

–Pues que — respondió el chico — no me ha quedado muy claro si de lo que Gema reconoció no saber ni una palabra era de una tal Gertrudis o de la teoría de los conjuntos.

>< no pronunció palabra alguna, ella, que tan rara y difícilmente se callaba si creía, como estaba siendo el caso, tener en sus manos la verdad y no ya como un bien de valor que se posee y desea conservarse con orgullo sino como una patata caliente de la que será bueno deshacerse cuanto antes porque *a mí me queda todavía mucho recorrido por hacer*, contaba doña Telma que decía y, *es del dominio público que*, doña Telma hablaba ahora con su propia voz y por sí misma, *con la verdad no se va a ninguna parte*, y se limitó — no sabría dominada por la angustia precisar en qué orden — primero (o segundo): a buscar el tenedor negando con la cabeza y tragando saliva con la garganta seca, imaginándolo, quizás sin fuerzas ya por más que mamá la hubiese reprendido siempre esa maldita tendencia “a ponerte siempre en lo peor” a lo mejor a tan sólo unos pasos en quién sabe qué rincón inaccesible donde **si usted quisiera** (recalcado dice *entre paréntesis* con un punto de intención en la sospecha, que el abuelo intuye y por eso es su *musa*, de que **usted** no va a querer) podría acceder a ayudarle y, segundo (o primero): a aparentar sentirse amedrentada por la omnisciente autoridad de **nos, uno y trino** sin otra intención que — pues era lo que en verdad le preocupaba — ganar unos minutos antes de que desde la ventana¹² la increpasen para

¹² de un tercer piso le llegase la voz de una señora que, junto a su esposo ocupado en leer los titulares del periódico, tomaba el sol acodada en el alféizar.

Quedó algo desconcertada por el tono, amable y festivo, y por la altura ya que, lo previsible, lo que hubiera encajado en su atribulado ánimo sin más sobresalto que el habitual con que contaba cuando salía de casa con las latas y una botella con agua, habría sido escuchar las increpaciones y las amenazas proferidas, con ceño fruncido y tono adusto, por un señor calvo y, siempre, desde un primer piso.

Recuerda vagamente y algo hambrienta — debía de ser fin de semana y la mayor afluencia de clientes al restaurante hacía que de

la cocina saliese un olor más intenso que a diario — que anduvo desasosegada (=) unos días preguntándose si no hubiera debido mostrarse sorprendida también por el hecho de que, habiendo ella afirmado que era de noche, la pareja tomara el sol sin el menor reparo. Pero se tranquilizó rememorando que el marido, en vez de murmurar algo inaudible y pasar (sin leerlas) según era costumbre tres o cuatro páginas del diario, abandonó la lectura y, quitándose las gafas, explicó:

—Habrán de disculpar a mi esposa por intervenir sin haber sido invitada, pero es que no somos de aquí.

Y ella entonces aún no sabía cómo sorprenderse por dos cosas a la vez.

Se quedó sí de una pieza al instante siguiente — pero no tiene mérito, se lo confieso (a mí); habían pasado unos siete segundos y no tenía intrínquilis ninguno el salir airosa — cuando, habiendo imaginado, ¡tonta de ella!, que al imprevisto comentario del marido no habría réplica, el cartero, con absoluta serenidad y como la cosa más natural del mundo, barajando unos sobres, adujo:

—Pero están aquí, ¿no?

—Ah, sí, lo estamos, pero de forma ocasional — y, a la esposa —: ¿verdad?

Mientras hablaba cerró las gafas y, al tiempo que con una mano las deslizaba en el bolsillo superior de la camisa — a cuadritos, de manga corta — con el brazo libre rodeó los hombros de ella (la esposa) que, envarada, un poco violenta, como cohibida y con los labios algo temblorosos, asintió con sonrisa forzada y un escueto:

—Sí. Vamos de paso.

Y se quedaron los dos muy quietos, con la mirada al frente y una mueca que podía evocar, remotamente, la sombra congelada de...bueno, “una sonrisa”, ya lo he dicho (dijo), aunque concretando un poco más y si tal es su deseo no tengo inconveniente en precisar “de foto de boda”.

— ¿Significa eso que no van a esperar?

La pregunta la formulaba Gerôme (pongo cara de no conocerlo tampoco), el abogado del sexto, que tras un duro día, seguro, de pleitos y demandas, entró camino del ascensor con su enorme cartera y su frente sudorosa y la corbata un poco ladeada y sin intención aparente de brindar a la concurrencia algo más historiado que un “buenas tardes”.

—No, no — el marido.

—Oh, no — la mujer.

Al tiempo que precipitadamente recobraban la frescura de su estar, se relajaban, se subían al carro posiblemente renqueante de su matrimonio...*¡treinta años, y parece que fue ayer!*, recuperaban retoños ya crecidos y quién sabe si algún nieto y, la voz de ella, volvía a sonar tan argentina como aquella primera vez cuando, arreboladas las

mejillas, dijo “no sé si debo”...aunque nadie la oyese y, Vilja, del cuarto, protestara que la mosquita muerta de la nueva se estaba colando de rondón.

Porque lo de los turnos se llevó siempre muy a rajatabla.

El abogado, entonces, detuvo su paso y se giró, tan en seco que la cartera repleta de documentos o legajos actuó de péndulo, o de contrapeso, no sé expresarlo bien pero el caso es que lo hizo rotar más de lo que él quería y pareció, con los brazos separados del cuerpo, una marioneta o un juguete mecánico.

—Pues no sé — dijo, cuando tras una breve pugna entre las fuerzas centrífuga y centrípeta (que ella lo hubiera omitido, pero la señorita Berta la miró de aquella manera tan suya) logró quedarse firme — si se ajusta eso a derecho.

—Según los artículos tantos y cuantos — contestó el interventor de siempre y que aquel día no estaba siendo otro que el hijo menor del matrimonio compuesto por Vilja y su esposo (y pongo, como viene siendo ya una norma, cara de no conocerlos tampoco), muy aficionado el esposo a silbar melodías patrióticas cuando abría el buzón y ojeaba su correspondencia —, no exactamente. Pero, si los señores no están interesados en El Proyecto...

Hablaba como quien está vistiendo su primer traje de ejecutivo, que para la ocasión y por cierto llevaba. Estaría de más mencionar el orgullo con que lo miraban sus papás; y tampoco hará falta dar cuenta de su porte engreído ni de la mirada cargada de desprecio con que obsequió a los contrayentes...quiere decir a los de la foto, que se le quedó como forma de identificarlos por lo mucho que se los recordaba la enmarcada sobre el trincherero del comedor; un desprecio tan grande que, por suavizar, el señor mayor que no era Mosteiro el del octavo solicitó comprensión para ellos alegando que, si pese a su desinterés allí estaban, no podía ser sino movidos por un sentimiento tan bello como la filantropía.

Y que si no les parecía un gesto encomiable.

— ¿Encomiable? — que llevaba ya un rato largo Mili, la del bajo, sin abrir la boca —; ¿encomiable y cuando llegue el momento definitivo, el de esperar, dirán que se marchan?

Y que había que votar.

—Yo propondría — una señora que se había mudado hacía unos meses, que hablaba poco y que ni sabían cómo se llamaba — que no nos opusiésemos a que sigan estando, aunque continúe siendo de paso.

Y que si se les daba tiempo lo mismo se animaban a quedarse a esperar.

—Ya — una que sí sabían cómo se llamaba, que la conocían de siempre y que la cabeza le regía que era una lástima —, pero si

tardan mucho en animarse, ¿qué les tocará, lo mismo que a mí que llevo toda la vida esperando?

Y que si no ahí tenían el asunto del agua, tan poca que gastaba. Y que quería su contador para ella sola.

El señor que no era Mosteiro insistió, sin embargo, argumentando que si esperaban poco pero con muchas ganas la balanza a lo mejor se equilibraba y el resultado terminaba siendo válido.

Esto pareció razonable a casi todos excepto al hijo y al esposo de Vilja que, puestos en finanzas, contraatacaron con qué pasaría con los beneficios que obtuvieran, “porque no olvidemos que no son de aquí”, si a la postre se marchaban.

—Ah, si tal sucediese — el marido — renunciaríamos al beneficio gustosos, ¿verdad, Adriana?

— ¡Naturalmente! — ella.

— ¿A cambio de qué? — el marido de Vilja.

—A cambio de nada — el marido de Adriana.

— ¿Quiere decir que nos lo regalarían? — Vilja.

—No, no quiere — Adriana, que dice que sobre este particular se mostró firme. Y mirando con un punto de dureza a su esposo —: creí que habíamos quedado en que hoy, aquí, medirías tus palabras.

—O sea — la que tenía la cabeza que era una lástima —: que no nos lo regalarían.

—No: si ya me parecía a mí que... — la vecina de al lado.

—Bueno — Adriana, arrancándose pensativa un granito de la frente —, tampoco es eso... ¿verdad, cariño?

—Tampoco es eso — él, contrariado; regresando al periódico y colocándose de nuevo las gafas. Y tomándole con ternura una mano en la que posa un beso leve, en tono cansino —: no te molestes, por favor, en tratar de arreglarlo.

— ¡Pero si no es molestia, tonto!

— ¡Eso ya lo sé — él, que de nuevo parece...pareció impaciente, y arrojando lejos el periódico y quitándose otra vez las gafas —, pero arreglo, reconócelo, no tiene!

—Tú es que te desesperas en seguida — ella.

Y que la dejase (dice) pensar, dijo, “vete haciendo un crucigrama o algo, mientras”, a ver si se le ocurría algo.

Pero después de un rato discurrendo se ve que no se le ocurrió nada porque terminó explicando, sencillamente, que en el lugar de donde eran oriundos esperar no importa qué en la certeza de que era perder el tiempo...pues, no estaba mal visto; pero, si regresaban “allí” con las maletas llenas de la gratitud de ellos, los suyos los acusarían de “pues algo habréis hecho para ganároslos” y los correrían a gorrazos.

machacar la comida con él... si bien, cabía dentro de lo posible (o al menos Genoveva en su misión de llevar cuenta de todo *así lo sostenía* aseveraba doña Telma; aunque después de tanto tiempo “*no hay que descartar, Veva* — también decía que solía apuntar el tío Aniceto — *que te hayas saltado sin quererlo algún punto...pequeñito, un punto enano*”) que fuese el propio abuelo quien no podía precisar ni ese ni otros órdenes de cosas o de seres... por allanarle el camino caso, tan improbable, de que, uno, lo encontrara, y dos, aún con vida.

—Perdón, pero me parece que me he perdido. (=)dándolo por muerto porque así como el dorado y blanco de “el registro” era bastante zascandil y solía desaparecer a temporadas, aquel, negro de pelo largo muy venido a menos en apenas nada de tiempo cuando había sido grande y lustroso, no era habitual que se ausentase.

“La obsesión por los gatos me está matando”, reconocía — nunca con la hermana por temor a su crítica destructiva siempre de *esa manía tuya de...* *¿Por qué: cuántos tienes ya, si puede saberse?* —, confesando que le producía demasiado sufrimiento y estaba minando dentro de ella algo que “no sé qué es pero siento como imprescindible para aceptar el cada día y encajar o afrontar las dificultades”.

Veía a las otras personas moverse — si es que las miraba — por la calle, y le parecían pendientes o atentas a sí mismas o simplemente ajenas a todo cuanto ocurriese a su alrededor que no estuviera yendo en contra de sus intereses inmediatos ni los entorpeciera.

Y ella no.

Se sentían felices, o al menos contentos o, siquiera, conformes cuando sus pequeñas ambiciones se veían satisfechas; sin importar de qué índole estuviera siendo esto o aquello que desearan.

Y ella no.

Podían ser unos zapatos, o unos pantalones concretos de una determinada marca sin los que *piensan*, las jovencitas sobre todo, que *no podrán* vivir. Y, si era verdad que tan pronto los *tienen* ya estaban ambicionando cualquier otra cosa no menos fútil, también era cierto que, por un

Esa era la razón de que no quisieran (dice) decirlo, ¿comprende?

instante, nada más un instante, habían experimentado, dentro de sí, esa plenitud tan placentera, tan gratificante, que produce el haber visto colmados los deseos.

Y ella no; envidiando esos instantes de plenitud aunque no pudiese dejar de pensar que quienes los disfrutaban están dedicando sus vidas a perderlas persiguiendo banalidades; metas estúpidas.

– ¿Pero cuánto menos estúpidas son las metas tuyas? – quería saber, *sin querer ni oír*, batiendo un huevo mientras se dejaba aconsejar por la radio acerca de la conveniencia de adquirir no sabía qué artilugio para hacer sin el menor esfuerzo gimnasia pasiva, *hablar de que fuera esa una manera de*, por decirlo con un algo de tacto, *plantear la cuestión un tanto sesgada*.

-¿Sesgada? – Calpurnia saltando¹³, si nos ateníamos al criterio de Mariló, como una verdadera leona.

Y, alguien que desde luego no era clemente¹⁴, deslizó que quizás prefería que se pasase sobre *la cuestión* de

¹³ para desconcierto de los primos recién llegados, si el criterio que iba ganando esa tarde era el de Pascual, como si le acabase de picar una avispa.

Se ponían entonces a interrumpir queriendo saber cuánto de fiable era la ventaja del criterio de Pascual sobre el de la de las horquillas.

Doña Magdalena, tan servicial siempre, intentaba hacerles comprender que eso no tenía mayor importancia, que se quedasen con que, en esencia, Calpurnia saltab...

-Ya, ya – los chicos – ¿Pero como qué?

Sin querer atender a razones de que si saltaba, fuera como lo que fuese, era precisamente por causa de cuantísimo la exasperaba que las intervenciones se prolongasen con lo que a su muy personal parecer estaba sobrando; ni a de que, a ese parecer tan suyo – que por más que se le rogó a Fuensanta «por favor, por favor, ¿no podría ser un poquito menos latosa?» se negó ella porque dijo que el mundo es muy grande y que hay sitio para todos y «además», alegó, «¿qué estaríais vosotros haciendo en este momento si ella no fuera como es que no fuese darme a mí la lata; eh?». Así que pues entonces se la dejase de marear –, sobraba casi todo casi siempre.

Era muy meticulosa sin embargo, pero sólo con lo que la venía bien mientras que – había quien murmuraba con razón – cuando le convenía soslayar quién sabe qué pasaba sobre las cuestiones de puntillas «o qué pasó», pinchando la criada de los de Arévalo y que *alguien tiene que decir, ¡hombre por Dios, si es que clama al cielo!, las verdades de una vez por todas* «con el asunto aquel de la viuda».

Y que menuda farsanta.

Así que, cuando esto llegó a oídos de la interesada, se sintió profundamente herida y la hermana mayor de Susanita Estévez – que primero había dicho que no quería, porque le gustaba mucho salir y alternar y «a mí no me apetece, oye, pasarme aquí las tardes de cháchara sin fundamento ni sustancia», pero luego cedió porque le prometimos que no iban a ser más de dos o tres palabras – dijo que pues hombre claro y que pues como que no era para menos, y que si algo así se lo hubieran llegado a hacer a ella, dijo, «yo creo que les saco los ojos», precisó.

Y papá, tan despistado siempre, preguntó « ¿pero esta no era la que nada más tenía que decir “¡como es natural!”?»

Porque él, papá, tan allí en su mundo, no se enteraba de que el de los demás cambiaba y de que lo que hoy no apetecía mañana se podía convertir en un vicio ni de que, como decía la esposa del matrimonio amigo de doña Loreto, que resultó muy refranera, el comer y el rascar todo es hasta empezar.

puntillas porque... *a ver si nos entendemos*, carraspeando y rebulléndose en el asiento, *yo no es que quiera decir nada, vaya eso por delante y que quede bien claro, pero...* en conclusión y concretando, que quién sabría si le estaría conviniendo a Calpurnia soslayar quién sabe qué.

-Sesgada, sí, querida – entrando en escena por así llamarlo (o por *dadle al hecho*, recomendó Isadora, *la carta de naturaleza que tras la intromisión de las mellizas mejor cuenta va a traernos no negar*) la tía Melinda que, aunque madre de las dos naturalmente, quiso siempre mucho más a Ursina – y perdona; sesgada porque queda sin puntualizar si quien está en lo cierto es Jacinto o, por el contrario, es doña Graciela la que se halla más cerca de la verdad.

Y que ella, *tú, Calpurnia*, agregaba, *deberías de*, tendría que, *tan estricta*, tan insufriblemente puntillosa, ser la primera en velar por que la realidad de mamá no se transmitiera desvirtuada y desfigurada y hecha una guarrería de generación en generación.

Y Calpurnia, a veces, cedía en la esperanza de que la señorita Emérita sonriese aunque fuera un poquito menos que con la intervención de su alumna preferida; y, a veces también, lo lograba y veíamos entonces cómo sus labios finos – siempre un poco reseco porque se los mordisqueaba – se distendían en aquella mueca que Genoveva decía que no es que fuese muy tranquilizadora ni muy cordial aunque, no quería ella pecar de intransigente, podría valer.

Pero esta vez no.

Esta vez, pese a la buena voluntad de que tan de tarde en tarde hacía gala Calpurnia y a lo muy tolerante que se mostró Genoveva, no es ya que la señorita Emérita sonriera menos, es que no sonrió lo que se dice nada y, muy seria y por momentos pálida ya de ira ya roja de puro avergonzada, la mandó callar en seco “lo cuentas muy bien, pero no tiene gracia” y que ella no había querido insinuar nada que fuera en desdoro del buen nombre de “nuestra querida Rosarito; y tú”, sin ni recomponerse el moño de tan furiosa, “sigue desde *baúl*” para, tras un pequeño bufido y “abrid un poco la ventana, ¡qué calor!”, agregar abanicándose

¹⁴Porque, aun no siendo dado a aventurar, Clemente aventuraba si se veía forzado, pero se negaba en redondo a hacer insinuaciones y menos de las lanzadas con intención aviesa.

con un cuaderno “y sin sesgar nada” y que a ver si *va*, iba, a poder ser que.

Lee el adhesivo que te he pegado en la puerta de la nevera.

Estoy feliz. Esto va muy bien y ya sólo me queda hacerle unos pequeños retoques y definir un poquito más los personajes

¿No es maravilloso?



Mira, que se me olvidaba. Entra en mi correo (no pongas cara rara, sé que tocas en mis cosas siempre que te da la gana) y escríbele a la imbécil de [la Cuqui](#) que de momento tendrá que esperar. Estoy tan atareada con esto que no tengo tiempo de actualizar el blog.

Te lo pongo en negro y en letra más chica porque la Cuqui me cae gorda.

Pero tú mándale por favor el correo, que no quiero que se crea, la muy pija, que me paso la vida entre sartenes.